

Lo Clásico a Contraluz

LA EMERGENCIA DEL HOMBRE EN LOS AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERÓN

LOS temas filosóficos, que dan armadura conceptual a los autos calderonianos, se centran en torno al problema del hombre. Siendo la Redención, como ha hecho ver Valbuena, lo que permite dramatizar la vida del hombre sobre la tierra, es natural que toda filosofía revierta a la antropología. Y en esto, el pensamiento calderoniano se muestra fiel a su siglo, que también los filósofos del barroco imprimen este giro a sus doctrinas.

Pero el hombre puede ser tratado metafísica, psicológica o moralmente. Los autos reflejan estas tres posibilidades. La conducta humana importa para la salvación; las facultades y afectos psíquicos aparecen continuamente personificados. Más difícil de abordar son los temas metafísicos; ser del hombre, origen, naturaleza y destino. Más difíciles, pero del máximo interés y radicales. En el ser del hombre radican, en efecto, su naturaleza y su vida psíquica y moral.

La pregunta fundamental es, pues, ésta: ¿Qué modo de ser surge, en el mundo, con la aparición del hombre?

Pero ante todo es. ¿Y cómo surge este ser? ¿De algo preexistente o de la nada? He aquí el tema de la emergencia, que ahora retiene nuestra atención.

Calderón es rigurosamente ortodoxo. Dios crea de la nada. Pero para que aparezcan los seres creados, *son* antes en la mente divina. Antes, pues, de ser hombre en la tierra, el hombre *es* en la mente de Dios. Así puede concebirse que los hombres estén, antes de nacer o advenir a este mundo, presentes a Dios.

Conforme a esta idea, Calderón puede hacer hablar al hombre, personificado en sus diversos estados (Rey, Hermosura, Labrador, Pobre, etcétera) antes de *entrar* en este mundo *saliendo* del concepto de Dios. No es un arbitrario y atrevido recurso del poeta, es una verdad rigurosa del pensador. Así lo ha entendido Margraff, en su tesis "Der Mensch und sein Seelenleben dem Autos Sacramentales des D. Pedro Calderón de la Barca" (Bonn, 1912) donde se expresa así: "er ihre Menschwerdung und die Aufgabe die sie hinieden erfüllen Ewigkeit her geschaut hat" (p. 40). Muy claramente se expresa la idea en "El gran teatro del mundo" (Class. Cast., 69, ps, 126-27):

REY.—Ya estamos a tu obediencia,
 Autor nuestro, que no ha sido
 necesario haber nacido
 para estar en tu presencia.
 Alma, sentido y potencia,
 vida ni razón tenemos;
 todos informes nos vemos;
 polvo somos de tus pies,
 Sopla aqúeste polvo, pues,
 para que representemos.

HERMOSURA.—Sólo en tu concepto estamos,
 ni animamos ni vivimos,
 ni tocamos ni sentimos
 ni del bien ni el mal gozamos...

El hombre sale de la nada. ¿Pero adónde va? ¿Y cuál en su ser, ése que se forja en la mente divina? El hombre se angustia por la proyección de su nada en el futuro. La imaginación le proyecta en sueños esta nada. Aterrorizado, quiere no ser. Pero, en lugar de permanecer en este agobio, en esta pura desesperación, supera, católicamente, el angustioso nihilismo. De la mutabilidad y contingencia humana se eleva a la necesidad de ser. Así también a San Agustín el sentimiento del hombre mudable le conduce al Ser Inmutable, y a Santo Tomás la intelección del ser contingente le lleva al Ser Necesario. Calderón va de la nada al ser, porque sólo el ser salva de la nada. Como, según la escolástica, bien y ser se convierten, es mejor ser, aun para dejar de ser, que no ser. Este es uno de los pasajes más profundos de Calderón, y se encuentra en *"El pleito matrimonial del Alma y el Cuerpo"* (Pando, VI, 49):

CUERPO.—Sin oír, hablar ni ver
 en noche continua estoy;
 ¿Si nada antes de ser soy,
 qué será después de ser?
 Mas no lo quiero saber,
 confusa Naturaleza,
 ni ser quiero, que es tristeza,
 a mi ser anticipada,
 ver que acaba siendo nada,
 ser que siendo nada empieza.
 Mas ser quiero, que es error
 no ser, si en mi mano está,
 pues peor no ser será
 que, siendo, ser lo peor:
 y tengo ya tanto amor

al ser que espero tener,
 que por ser, tengo de hacer,
 juzgando a más pena yo
 dejar ya de ser, que no
 ser, para dejar de ser.

Aunque las aproximaciones de ideas, pensadas a distancia de siglos son siempre muy aventuradas, no quiero dejar de notar la analogía entre esa "tristeza anticipada a mi ser" y la forma en que Kierkegaard expresa el sentimiento de angustia: "soñando proyecta el espíritu de antemano su propia realidad, pero esta realidad es nada; y la inocencia ve continuamente delante de sí esta nada y se angustia". (El concepto de la angustia; trad. de J. Gaos. R. de Occidente, Madrid, 1930; págs. 64-65). Y sabido es, la importancia de esta concepción para el existencialismo heideggeriano.

El ser del hombre, salvado así de su angustia ante la nada, siente su contingencia y supone el Ser Necesario:

¿Qué soberano poder
 hoy ser al no ser ha dado,
 que yo conmigo he pasado,
 sin mí del no ser al ser?

 ¿Quién eres,
 Pintor, de tanto poder
 que dando ser al no ser,
 diciendo a voces estás
 que eres más y vales más,
 pues muestra el ser que mantienes
 que Tú de nadie le tienes
 pues a todos se le das.

(*El pintor de su deshonra*. Pando, I, 377-78).

Nótese que el no ser pasa con él, pero sin él, al ser. Y que el ser necesario consiste en ser por sí, en ser el manantial de su propia existencia. Por no serlo de la suya propia, el hombre, si Dios no le informa, no sabe nada de ella. No puedo saber quien soy, pues no sé "quien he sido". Investigar esto por la sola razón, es en vano, "si quien a mí me hizo no me informa aquí". El orgullo racionalista, desde el Renacimiento, ha investigado en vano sobre este asunto escondido.

El hombre emerge de esa nada, movido por un omnipotente *sea*, y se siente como poder. El ser es una viva capacidad de obrar, un *brío*, como dice Calderón:

CUERPO.—No sé que vigor, que brío
siento en mí, que me parece
que el deseo de ser crece.

(*El pleito matrimonial*. Pando VI, 50).

Pero esta fuerza, que tiende a la expansión sin límites es corregida por la inmediata idea de la muerte, adonde el cuerpo va a parar. “¿Qué más morir que nacer?”, pregunta la Muerte:

CUERPO.—¡Mortal, oye!

ALMA.—¡Humano, advierte!

CUERPO.—Tu primer paso es la muerte

ALMA.—Tu origen es el pecado.

El brío primigenio, prestamente corregido, sigue su tránsito con la salvación por meta. Gozos y dolores de ser le sitian su vida; ya se siente la primera, ya la última criatura del Universo. El contraste barroco de su dignidad y su abyección contrabalancea su vida, afirmando su ser en sentido positivo o negativo, pero afirmándolo siempre: salvado o condenado, nunca aniquilado. Así emerge, y se perpetúa en el ser, el hombre de los autos calderonianos.

EUGENIO FRUTOS

